

Patricia Villaseñor Cuspinera

Apuleyo, filósofo y mago

A mediados del siglo II d. C., en Oea, pequeña ciudad africana, Apuleyo fue acusado por su hijastro de haber utilizado artes mágicas para casarse y obtener la dote de su madre, Pudentila; la acusación (*crimen magiae*) era grave pues, de acuerdo con la *Lex Cornelia de sicariis et veneficiis*, la sentencia podía ser la muerte por crucifixión, exposición a las fieras u hoguera. El proceso se llevó a cabo en Sabrata, ante el procónsul Claudio Máximo y, en su propia defensa, el filósofo pronunció entonces un discurso que, reelaborado posteriormente, ha llegado a nosotros. Es indudable que Apuleyo fue absuelto, tanto por el tono mismo del discurso como por los datos que tenemos sobre la vida de Apuleyo: fue un hombre célebre en Cartago, donde incluso se le dedicó una estatua, escribió muchas otras cosas y vivió por lo menos hasta el reinado del emperador Marco Aurelio.

El discurso, en los códices más antiguos, lleva el título *Apulei Platonici pro se de magia*, y se conoce también como *Apologia*; está dividido en dos partes: en la primera, Apuleyo se defiende de la acusación de magia (“que se denuncia más fácilmente de lo que se prueba”, 1.2.); en la segunda, discute los hechos referentes a su matrimonio.¹

¹ La traducción de los pasajes del discurso de Apuleyo fue hecha a partir del texto que presenta Bruno Mosca (Felice Le Monnier, Firenze, 1974).

En cuanto respecta a la magia, Apuleyo rebate una a una las acusaciones de sus adversarios y, al hacerlo, expone su concepción sobre la magia: ella no es más que el nombre que los ignorantes dan a la filosofía:

3.4. Pues no sólo sostengo mi propia defensa, sino también la de la filosofía, cuya grandeza desprecia incluso el más pequeño reproche, como si fuera la mayor de las acusaciones...

Las primeras acusaciones podrían considerarse menores: se alegaba que Apuleyo era “hermoso y elocuente”, que había elaborado un dentífrico a base de hierbas, que escribía versos de amor, que poseía un espejo y que había manumitido esclavos.

La acusación de “hermosura” buscaba, sin duda, probar la seducción de la viuda y presentar a Apuleyo como frívolo y vanidoso. Hay que notar que, en su defensa, Apuleyo recurre a la filosofía y señala que de hermosos también podrían haber sido acusados filósofos tan respetables como Pitágoras y Zenón de Elea; por otro lado, afirma que el trabajo intelectual le ha quitado toda gracia a su cuerpo: con ello, separa su profesión, la de filósofo, de la de los charlatanes.

4.1-11. Por consiguiente, has oído un poco antes, al principio de la acusación, que se dijo así: “Acusamos ante ti a un filósofo hermoso y muy elocuente --¡qué delito!-- tanto en griego como en latín”. Pues, si no me equivoco, con estas mismas palabras ha iniciado su acusación contra mí Tanonio Pudente, hombre sin duda no muy elocuente. Ojalá que me hubiese ofendido con verdad con esas acusaciones tan graves de hermosura y facundia; le hubiera respondido sin dificultad lo mismo que el Alejandro de Homero dijo a Héctor: “de ninguna manera deben despreciarse los magníficos dones de los dioses, pues usualmente no les tocan a muchos, que quieren precisamente esos dones.” Yo hubiera respondido esto sobre mi hermosura. Además, hubiera dicho que también a los filó-

sofos les es lícito tener un rostro atractivo; que Pitágoras, que fue el primero en ser llamado filósofo, fue de hermosura muy sobresaliente en su época; que igualmente aquel antiguo Zenón, oriundo de Velia... también fue muy bello, según piensa Platón; que igualmente se recuerda que muchos filósofos fueron muy agraciados de rostro, y adornaron la gracia de su cuerpo con los honores de su carácter.

Pero esta defensa, como dije, está muy lejos de mí, pues, además de que mi hermosura es mediana, la perseverancia de la labor erudita me quita toda la gracia del cuerpo, me atenúa la complexión, me sorbe el jugo, me quita el color, me debilita el vigor...

Las siguientes acusaciones (que había prescrito un dentífrico y escrito versos de amor) tenían como objeto, sin duda alguna, demostrar que Apuleyo tenía conocimientos de las hierbas que podían usarse en prácticas mágicas, y que sabía utilizar, como en los encantamientos, fórmulas para enamorar, puesto que incluso había cambiado los nombres de los interesados. Él deja a un lado esas acusaciones, señalando que para un filósofo es necesario tener limpia la boca y que incluso Platón había escrito versos de amor. Aquí, a manera de digresión, y con el claro propósito de subrayar su profesión filosófica, expone la teoría platónica de la Venus doble:

12. Pues omito decir aquellas cosas de Platón, profundas y divinas, que sólo uno que otro de los píos ignora, pero que son desconocidas para todos los profanos: Venus es una diosa doble, y cada una es señora de un amor peculiar y de diversos amantes. Una de ellas, la vulgar, que es agitada por el amor popular, domina e impulsa hacia el deseo no sólo las almas de los hombres, sino también las de los animales domésticos y las de las fieras, con fuerza desmedida y atroz, atando con su abrazo los cuerpos esclavos de los seres vivientes a los que golpea. La otra, en cambio, la Venus celeste, que ha sido dotada con el más noble amor, cuida sólo de los hombres y de

pocos de ellos, empujando a sus seguidores no con la ver-güenza de los estímulos o de las seducciones; ciertamente su amor no es voluptuoso ni lascivo, sino que, más bien desali-ñado y serio, por la belleza de su honestidad atrae virtudes para sus amantes, y si alguna vez da valor a cuerpos her-mosos, los aleja de su afrenta; pues nada debe amarse en la belleza de los cuerpos que no sea lo que recuerde a nuestros ánimos, divinos, esa belleza que, antes, entre los dioses, ven como verdadera y pura. Por lo cual, aunque muy elegante-mente deje Afranio este escrito: “amará el sabio, desearán los demás”, sin embargo, si quieres la verdad, Emiliano, o si puedes alguna vez entender estas cosas, el sabio no ama tanto como recuerda.

El hecho de poseer un espejo era también indicio de ser mago: los espejos se utilizaban en los encantamientos y me-diante ellos podía adivinarse el porvenir (catoptromancia). Apuleyo se vuelve de nuevo a sus modelos, los filósofos, y alega que el usar espejos no sólo es señal de que uno se preocupa por su apariencia personal, sino de que tiene conoci-mientos de física. Finalmente, los adversarios de Apuleyo, al presentar como acusación la manumisión de tres esclavos, querían demostrar que el filósofo se había vuelto suficiente-mente adinerado para darse ese lujo, pues había llegado a Oea con un solo esclavo. Esto da pie a Apuleyo para manifestar su desprecio a la riqueza, propio de todo filósofo verdadero.

Antes de pasar revista a las acusaciones verdaderamente peligrosas, Apuleyo aclara su posición frente a la magia; como hay dos Venus, hay también dos tipos de magia: una de ellas, la del vulgo, es una actividad criminal; la otra, la que radica en el conocimiento del orden natural de las cosas, es propia de sacerdotes y filósofos; así pues, Apuleyo identifica la filosofía con la teúrgia.

25. Llego ya, pues, a la acusación misma de magia, la cual, encendida con un ingente tumulto por odio contra mí, ha

ardido con frustrada expectación de todos por no sé qué cuentos de viejas. ¿Acaso no has visto alguna vez, Máximo, cómo una llama surge de la paja, con claro crepitar, con difuso fulgor, con rápido incremento, pero con un material ligero, con un incendio caduco, con resto ninguno? He aquí esa acusación, iniciada por querellas, aumentada con palabras, carente de argumentos, de la cual no ha de quedar resto alguno de calumnia después de tu sentencia. Toda ella fue ciertamente destinada a esto solamente: que yo soy mago; por ello me es lícito preguntar a sus muy eruditos abogados, qué cosa es un mago.

Pues si, según lo que yo he leído en muchísimos autores, en la lengua de los persas, mago es lo que sacerdote en la nuestra, finalmente, ¿qué acusación es ser sacerdote y conocer los ritos y saber y practicar las leyes de las ceremonias, los rituales de los sacrificios, el derecho de las religiones? Si magia es lo que interpreta Platón, cuando recuerda a algunos discípulos que los persas le imbuyen al niño destinado al reino— recuerdo las palabras mismas del divino varón; reconócelas junto conmigo, Máximo: “A la edad de dos veces siete años, se encargan del niño quienes son llamados pedagogos reales; son persas elegidos, considerados como los mejores, en la flor de la edad, y cuatro: el más sabio, el más justo, el más prudente y el más valiente. Uno de ellos es el que le enseña la magia de Zoroastro, el hijo de Oromazes, pues es esto la veneración de los dioses, y le enseña también los asuntos reales”.

26. Habéis oído vosotros, que tan atrevidamente me acusáis de magia, que ella es un arte aceptado por los dioses inmortales, ella conoce bien cómo venerarlos, ella es, pues, sin duda piadosa y sabe lo divino, ya noble desde sus autores, Zoroastro y Oromazes, es sacerdotisa de los celestes, y ciertamente es enseñada a los reyes persas entre las primeras cosas, pues, entre esos persas, ser mago, al igual que reinar, no le está permitido a cualquiera.

El mismo Platón, en otra conversación sobre cierto Zalmoxis, de raza tracia, pero varón de ese mismo arte, así dejó escrito: “los encantamientos son palabras bellas”. Y si

es así, ¿por qué no me es lícito conocer las palabras buenas de Zalmoxis o el sacerdocio de Zoroastro? Sin embargo, si éstos consideran que mago es propiamente, según la costumbre del vulgo, quien, porque habla y se comunica con los dioses inmortales, es capaz de todas las cosas increíbles que uno quiera, con cierta fuerza de encantamientos, me maravillo muchísimo de por qué no temieron acusar a uno que confiesan que puede tanto. Pues uno no se puede precaver contra un poder tan oculto y divino de la misma manera que de las demás cosas. Quien a un sicario llama a juicio, viene acompañado; quien acusa a un envenenador, come con bastante escrúpulo; quien alega contra un ladrón, custodia sus bienes; pero quien acusa de un delito capital a un mago tal como éstos dicen que es, ¿con qué compañeros, con qué escrúpulos, con qué custodios podría impedir una ruina ciega e inevitable? Sin duda, con ninguno; y, por ello, acusar de este género de delito no es propio de aquel que cree.

27.1-4. Pero, por una especie de error casi común a los ignorantes, a los filósofos se les acusa de estas cosas, de manera que, en parte, los que investigan las causas elementales y simples de los cuerpos, son considerados como irreligiosos y se dice que, por ello, rechazan a los dioses; tales son Anaxágoras y Leucipo y Demócrito y Epicuro y los restantes defensores de la naturaleza de las cosas; en parte, por el contrario, a los que investigan con mucho cuidado la providencia del mundo y celebran con devoción a los dioses, a ellos los llaman magos en el sentido del vulgo, como si también supieran hacer lo que saben que se hace, como en otro tiempo fueron Epiménides y Orfeo y Pitágoras y Ostanes. Luego, de manera semejante, se sospecha de las purificaciones de Empédocles, del demonio de Sócrates, del bien de Platón. Ciertamente me congratulo cuando yo soy enumerado con tantos y tan grandes varones.

Las acusaciones serias eran tres: búsqueda de ciertos peces, encantamiento de algunas personas (su mujer, entre ellas), uso

de objetos mágicos, especialmente la adoración de un amuleto, y sesiones mágicas nocturnas.

27.5-12. Además, lo que ellos aducen para demostrar la acusación son cosas vanas y sencillamente ineptas: temo que se piense en serio en esas acusaciones, sólo porque se han aducido. “¿Por qué”, dice, “buscaste ciertas clases de peces?” Como si no fuera lícito al filósofo, por gracia del conocimiento, lo que sería lícito al lujurioso por gracia de la gula. “¿Por qué una mujer libre se casó contigo después de catorce años de viudedad?” Como si no fuera más admirable que no se hubiera casado después de tantos años. “¿Por qué, antes de que se casara contigo, escribió no sé qué en una carta, lo que le pareció?” Como si alguien debiera dar cuenta de las causas de un pensamiento ajeno. “Pero una mujer mayor no ha despreciado a un joven”. Evidentemente, esto mismo es argumento de que no hubo necesidad alguna de magia para que una mujer quisiera casarse con un varón, una viuda con un soltero, una mayor con un joven. Y además otras cosas por el estilo: “Apuleyo tiene en su casa algo que venera santamente”. Como si no fuera más bien un crimen el no tener algo que venerar. “Un niño cayó, estando presente Apuleyo”. ¿Pues qué, si un joven o incluso un anciano, estando yo asistiendo, se derrumbase, sea impedido por una enfermedad de su cuerpo, sea desequilibrado por un suelo resbaloso? ¿Acaso probáis la magia con estos argumentos: la caída de un niño y el matrimonio de una mujer y el gasto de unos peces?

El hecho de interesarse por conseguir ciertos peces, hecho que Apuleyo toma en broma en su discurso, era prueba casi infalible de magia: en la antigüedad, la carne y el aceite de algunos peces servían para elaborar filtros mágicos y pociones afrodisiacas. En su defensa, sin embargo, Apuleyo demuestra conocer bastante bien las plantas y minerales que, se pensaba, eran útiles para los encantamientos. Inclusive demuestra que sabe por qué se le acusa de “buscar peces”: en las prácticas

mágicas, por “simpatía”, es posible lograr determinados efectos a partir de las cosas que, en su nombre, suponen ya esos mismos efectos; los peces que, según sus adversarios, busca el filósofo, tienen nombres afrodisíacos (*veretilla*, *virginal*). Sin embargo, concluye Apuleyo, su propósito al “buscar” esos peces, y otros muchos, es estudiarlos para profundizar en el estudio de la naturaleza, tal como lo hace Aristóteles.

30. “Buscas”, dice, “peces”. No quiero negarlo. Pero, te ruego, ¿es un mago el que busca peces? Yo ciertamente no lo pienso más que si buscara liebres o jabalíes o aves cebadas. ¿Acaso sólo los peces tienen algo oculto a otros, pero conocido por los magos? Si sabes qué es esto, sin duda eres mago; si no lo sabes, es necesario que confieses que acusas de lo que no sabes. ¿Tan ignorantes sois vosotros de todas las letras, finalmente de todos los cuentos del vulgo, que ni siquiera podéis fingir verosímilmente esas cosas? Pues, ¿qué compete a encender el ardor del amor un pez bruto y frío o, en general, una cosa buscada del piélago? A no ser que por casualidad esto os haya inducido a la mentira, el que se dice que Venus surgió del piélago. Oye, si quieres, Tanonio Pudente, cuántas cosas ignoras, tú, que has aceptado un argumento de magia a causa de los peces. En cambio, si hubieras leído a Virgilio, sabrías con certeza que otras cosas se suelen buscar para esta cosa; pues él, en cuanto sé, enumera las muelles cintas y las pingües verbenas y los incienso masculinos y las hebras de diferente color, además del frágil laurel, el durable limo y la cera derretible, no menos que las cosas que escribió ya en una obra seria:

segadas con hoces bronceas, en la luna se buscan
hierbas sazonas con la leche del negro veneno;
y se busca, arrancado a la frente de un caballo que nace
el amor, y de la madre robado.²

² La traducción de estos versos de Virgilio es de Rubén Bonifaz Nuño.

En cambio, tú, acusador de los peces, les atribuyes a los magos muy diversos instrumentos, que no se han de quitar de frentes tiernas, sino cortar de dorsos escamosos, y que no deben ser arrancados de un fundo, sino extraídos de lo profundo, y que no deben ser segados con hoces, sino atrapados con anzuelos; finalmente, aquél nombra en el maleficio un veneno; tú, un guiso, aquél, hierbas y ramitas; tú, escamas y huesos; aquél recoge del campo; tú escrutas la ola.

Te citaría también cosas semejantes de Teócrito, y otras muchísimas de Homero y de Orfeo, y te repetiría muchas cosas de las comedias y tragedias griegas y de las historias, si no hubiese advertido ya hace tiempo que ni siquiera pudiste leer una carta de Pudentila, escrita en griego. Por consiguiente, tocaré sólo a un poeta latino, versos que reconocerán quienes hayan leído a Levio:

de todas partes sacan todos los filtros:
se busca el antípate,
rueditas de metal, uñas, bandas,
raicillas, hierbas, ramitas,
lagartijas de dos colas como halagos,
dulzuras de los que relinchan.

31. Habrías inventado mucho más verosímelmente que, en vez de peces, yo buscaba estas y otras cosas (pues quizás a éstas se les hubiera dado crédito mediante los rumores que se divulgan), si tuvieras alguna erudición; pero, ¿para qué sirve un pez capturado, sino para ser cocido en un manjar? Por lo demás, no me parece que sirva en nada para la magia. Diré de dónde lo conecto: la mayoría, que piensa que Pitágoras era un seguidor de Zoroastro e igualmente un perito de la magia, ha entregado a la memoria, sin embargo, que cuando él se dio cuenta de que, muy cerca de Metaponto, en la costa de su Italia, de la que había hecho una segunda Grecia, unos pescadores habían llevado una red, compró la fortuna de su lanzada y, habiendo dado el precio, ordenó en seguida que aquellos peces, que se mantenían cautivos, fueran soltados de las redes y devueltos al mar; sin duda, él no los hubiese soltado de sus

manos, si hubiera encontrado en éstos algo útil para la magia. Pero ese varón, egregiamente docto y emulador de los antiguos, recordaba que Homero, poeta que sabe muchas cosas o, más bien, que es perito de todas las cosas, ascribió toda la fuerza de los medicamentos no al mar, sino a la tierra, cuando cita esto de una cierta mujer sabia:

tantos remedios conocía, cuantos alimenta la ancha tierra.

e igualmente en otra parte de sus poemas:

los campos fecundos producen muchísimos remedios,
muchos que, al mezclarse, son buenos; muchos, malignos...

Sin embargo, en él nunca se dieron medicamentos con algo marino y lleno de peces: ni Proteo medicó con ellos su cara, ni Ulises su foso, ni Eolo su fuelle, ni Helena su crátera, ni Circe su copa, ni Venus su cinto. En cambio, desde todos los tiempos, sólo vosotros, según se ha encontrado, transferís la fuerza de las hierbas y de las raíces y de las ramitas y de las piedrecillas, desde lo más alto de los montes, como por algún diluvio, al mar, y la coséis hasta el fondo en los vientres de los peces. Por consiguiente, así como Mercurio solía ser invocado en las ceremonias de los magos, como portador de los encantamientos, y Venus, como seductora del ánimo, y la Luna, como testigo de las noches, y Trivia, poderosa entre los manes, de ahora en adelante, siendo vosotros los autores, Neptuno con Salacia y Portuno y todo el coro de Nereo serán transferidos de los oleajes tempestuosos de los mares a los ardores de los amores.

Ahora bien, en lo que respecta a las *incantaciones*, habría que decir que éstas eran las obras de magia más divulgadas: Apuleyo, como filósofo platónico, no se opone totalmente a ellas y acepta como creíbles las que tienen como objetivo la adivinación. A ello se refiere cuando habla en su discurso de

los demonios, pues estaba consciente de que son esos seres intermediarios entre dioses y hombres quienes supervisan todas las prácticas mágicas.

43. Éstas y otras cosas, yo ciertamente las leo en la mayoría de los que han escrito sobre la magia y los niños, pero estoy dudoso de su sentido, de si diría que pueden suceder o lo negaría, aunque creería a Platón que afirma que entre los hombres y los dioses están colocadas ciertas potestades de los dioses, intermedias, por su naturaleza y su lugar, y que ellas gobiernan todas las adivinaciones y los milagros de los magos; y ciertamente pienso conmigo esto: que el ánimo humano, sobre todo el pueril y sencillo, puede ser adormecido o por la invocación de cantos o por el atractivo de los aromas, y que puede alejarse hacia el olvido de lo presente y, entonces, regresar a su ser, quitada la memoria del cuerpo, y volver a su naturaleza, que es sin duda inmortal y divina, y así, como en un cierto sopor, presagiar el futuro de las cosas. Pero en verdad, tal como son las cosas, si alguna confianza puede darse a esto, en cuanto yo he oído, aquel niño adivino, no sé quién, debe ser hermoso e íntegro de cuerpo, sin defectos, y hábil de ánimo y facundo de boca, de manera que en él pueda dignamente habitar una potestad divina, como en un buen templo, si es que ella se encierra, a pesar de todo, en el cuerpo de un niño, o si es que el ánimo mismo del niño, habiendo despertado, regresa a la adivinación, que es innata en él y que todavía no está ofendida o debilitada por ningún olvido, y fácilmente la vuelve a tomar. Pues no de cualquier leño, como decía Pitágoras, se debe esculpir a Mercurio.

La defensa de Apuleyo, en este punto, se basa en la enfermedad del niño a quien supuestamente había encantado: aquí, él hace gala de sus conocimientos médicos y nuevamente separa su saber de los encantamientos vulgares: el primero tiene el más excelso propósito, el de curar, y se realiza en público;

los otros están prohibidos por las leyes porque pretenden causar daños y se llevan a cabo en el más profundo secreto.

47.3. La magia esa, en cuanto yo he oído, es una cosa castigada por las leyes, prohibida ya desde la antigüedad por las Doce Tablas, porque con sus seducciones causa daño a las cosechas y, por consiguiente, no menos oculta que detestable y horrible, practicada en las vigilias nocturnas y escondida por las tinieblas y solitaria de testigos y murmurada en cantos; a ella sólo se acercan unos cuantos, no sólo pocos esclavos, sino incluso pocos hombres libres; ¿y tú quieres que hayan intervenido quince esclavos? ¿Acaso fue una boda o una ceremonia o un convivio de circunstancia? Quince esclavos participan en un sacrificio mágico, como si se nombraran quince varones para hacer sacrificios. ¿Para qué emplearía yo tanta gente, si serían muchísimos para guardar el secreto? Quince hombres libres es un pueblo, otros tantos esclavos, una familia, otros tantos encadenados, un ergástulo...

Se trata, a continuación, de refutar el cargo de que Apuleyo poseía ciertos objetos mágicos. Después de burlarse de la acusación, que carecía de toda prueba, Apuleyo revela que en verdad se trata de objetos mágicos: él ha guardado, como un tesoro, todos los símbolos que los ministros de diferentes cultos le han dado como señal de que ha sido iniciado en esos misterios. Con esta afirmación, Apuleyo se presenta otra vez como sabio y sacerdote, esto es, como mago en el sentido excelso de esta palabra.

55.6-9. Sin embargo, como digo, acepto que el pañuelo estaba llenísimo. Así pues, piénsalo, si quieres, como los compañeros de Ulises, en otro tiempo, pensaron que habían encontrado un tesoro, cuando habían robado un odre llenísimo de vientos. ¿Quieres que te diga qué clase de cosas encomendé a los lares de Ponciano, envueltas en un pañuelo? Te complaceré.

En Grecia participé en la mayoría de las iniciaciones de los cultos. Ciertos signos y recuerdos que los sacerdotes de esos cultos me entregaron, los conservo cuidadosamente, Nada in-sólito, nada desconocido digo. Vosotros, que estáis iniciados en los misterios del único padre Líber, sabéis qué cosa, escondida en la casa y celada de todos los profanos, veneráis calladamente. Pues yo, como he dicho, aprendí múltiples cultos y muchísimos ritos y diversas ceremonias por el afán de la verdad y el deber hacia los dioses...

56.1-2. ¿Acaso le puede parecer maravilloso a alguien que tenga alguna memoria de la religión, que un hombre, testigo de tantos misterios de los dioses, conserve en su casa algunos objetos de recuerdo de los cultos y los envuelva en un tejido de lino, que es el velo más puro para las cosas divinas? Ciertamente la lana, excrecencia de un cuerpo muy indolente, sacada de la oveja, ya desde los decretos de Orfeo y de Pitágoras es un vestido profano; pero la mies limpísima del lino, nacida de la tierra entre los mejores frutos, no sólo se usa para vestir y cubrir a los más santos sacerdotes de los egipcios, sino también para cubrir las cosas sagradas.

Los “ritos nocturnos” eran prácticas siempre nocivas, siempre prohibidas: muerte de niños, invocación de las almas de los muertos, elaboración de filtros amatorios y venenos, eran las prácticas normales en esas sesiones de brujería. Apuleyo niega totalmente haber participado en alguna ceremonia de ese tipo y, en su favor, presenta al único testigo como indigno de todo crédito.

El cargo final, en cuestiones de magia, era el hecho de que Apuleyo poseía una estatuilla que representaba un esqueleto, y que la adoraba y la empleaba con fines mágicos. Apuleyo acepta que en su poder había una estatuilla de madera de ébano, pero demuestra que se trataba de un Mercurio que le había regalado el hermano de su acusador, su otro hijastro. No es inútil recordar aquí que el propio Apuleyo había citado a Mercurio como un dios que se invocaba en las ceremonias de

los magos; hay que señalar también que ese dios era considerado como una de las principales deidades en magia y que debía ser de madera, a fin de seguir las regulaciones mágicas establecidas por el propio Pitágoras. En este pasaje, Apuleyo vuelve a separar la magia vulgar de la magia filosófica: las maldiciones con que inicia su argumento, propias enteramente de la magia popular, se oponen a la imagen de Mercurio; por otro lado, esa imagen representa a cualquier otro dios, en cuanto que cada representación divina no es más que un aspecto del dios único de los filósofos neoplatónicos.

64. Mas a ti, Emiliano, por esta mentira, que ese dios, el que anda entre los dioses superiores y los inferiores, te dé la mala gracia de los unos y de los otros, y que siempre presente frente a tus ojos las formas de los muertos, cuanto hay en alguna parte de las sombras, cuanto hay de los lemures, cuanto hay de los manes, cuanto hay de las larvas, todas los espectros de las noches, todos los espantos de las hogueras funerarias, todos los terrores de los sepulcros, de los cuales, sin embargo, en edad y en mérito, no distas mucho.

Por lo demás, nosotros, la familia platónica, nada conocemos sino lo festivo y lo alegre y lo solemne y lo superior y lo celeste. Más aún, esta secta, por su afán de altitud, ha investigado cosas más sublimes que el mismo cielo, y se ha detenido en la parte más exterior del mundo. Que digo la verdad, lo sabe Máximo, quien ha leído con diligencia, en el *Fedro*, “el lugar supracelestial” y el “dorso celestial”. El mismo Máximo ha comprendido perfectamente, cuando os respondo acerca del nombre, quién es aquel llamado “rey”, no por mí en primer lugar, sino por Platón: “alrededor del rey de todas las cosas están todas las cosas y por aquél existen todas las cosas”; quién es aquel “rey”, causa y razón y origen de toda la naturaleza de las cosas, supremo engendrador del alma, eterno sustentador de los seres vivientes, artífice asiduo de su mundo, pero artífice sin obra, sustentador sin cuidado, engendrador sin procreación, y que no es abarcado por ningún lugar

o tiempo o cambio, y por ello pensable por pocos, inflexible por todos. He aquí que voluntariamente aumento la sospecha de magia: no te respondo, Emiliano, quién es a quien venero como "rey"; aún más, si el propio procónsul me interrogara qué es mi dios, yo callaría.

En el ámbito estrictamente judicial, se probara o no que Apuleyo era un mago según las creencias populares, el hijastro acusaba a Apuleyo de haberse casado con su madre por la dote, y de haberlo logrado mediante encantamientos.

67.2-4 ...Cinco son, pues, los asuntos de que me es necesario discutir. En efecto, si recuerdo bien, en lo que toca a Pudentila, me han objetado estas cosas: un asunto es el hecho de que ella nunca quiso casarse después de su primer marido, pero que fue obligada, han dicho, por mis encantamientos; el segundo asunto es el de sus cartas, que consideran una acusación de magia; luego han objetado, en tercer y en cuarto lugar, el que en el sexágésimo año de su edad se hubiera casado por placer, y el hecho de que las tablillas nupciales hayan sido consignadas en una villa y no en la ciudad; la última y más envidiosa acusación, fue acerca de la dote...

La defensa de Apuleyo, en lo que toca a estas acusaciones, se basa en documentos y es plenamente convincente: la viuda había aceptado el matrimonio por seguir el consejo de su hijo, que buscaba la salud de su madre, debilitada por su larga viudez; el pasaje de la carta en que ella misma aparentemente acusaba a Apuleyo de ser mago había sido citado fuera de contexto y no tenía mayor validez que la ironía; la boda se había realizado de acuerdo con la ley: la novia no tenía sesenta años, sino "un poco más de cuarenta", y se había realizado en el campo para ahorrar el dinero que correspondía a sus hijos; finalmente, Apuleyo no había buscado el lucro al casarse con la viuda, pues no había despojado a los hijos.

Así pues, el discurso termina con la convicción de que el acusado será absuelto por el juez, en virtud de que todas los cargos han sido desbaratados por el orador.

103. ¿Por qué no añades “mi maestro es acusado, mi padrastro es acusado, mi intercesor es acusado...”? ¿Y luego?: “de muchísimos y evidentísimos maleficios”. Di uno solo de esos muchísimos, di uno dudoso o por lo menos obscuro de esos evidentísimos. Por lo demás, cuenta si respondo en dos palabras cada una de las cosas de que me has acusado: “Haces brillar tus dientes”: perdona la limpieza; “miras espejos”: debe hacerlo el filósofo; “haces versos”: es lícito hacerlos; “examinas peces”: lo enseña Aristóteles; “consagras un leño”: lo aconseja Platón; “te casas”: lo ordenan las leyes; “ésa es mayor que tú”: suele suceder; “buscaste el lucro”: recibe el contrato de la dote, recuerda la donación, lee el testamento. Y si he rebatido con abundancia todas estas cosas, si refuté todas las calumnias, si estoy seguro y lejos de culpa, no sólo de todas las acusaciones, sino incluso de los rumores, si de ninguna manera disminuí el honor de la filosofía, que para mí es más venerable que mi propia salvación, sino que, por el contrario, la sostuve en todas partes, con siete plumas, como gladiador triunfante; si todo esto es tal como digo, puedo, con tranquilidad, tener la reverencia de tu estimación, más bien que temer tu poder, porque considero que es menos grave y temible para mí el ser condenado por un procónsul que el ser desaprobado por un varón tan bueno e intachable.

He dicho.

Bibliografía consultada

- APULEIO, *La Magia* (introducción e traducción de Bruno Mosca), Felice Le Monnier, Firenze, 1974.
- APULEYO, *Apología. Florida* (introducción, traducciones y notas de Santiago Segura M.), Gredos, Madrid, 1980. (Biblioteca Clásica Gredos, 32).
- HUBERT, H., "Magia", en Daremberg, Ch. y Saglio, E., *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines vol. III, 2*, Akademische Druck u. Verlagsanstalt, Graz, (1896) 1969. pp. 1494-1521.
- PENNACINI, A., DONINI, P. L., ALIMONTI, T., MONTEDURO ROCCAVINI, A., *Apuleio letterato, filosofo, mago*, Pitagora Editrice, Bologna, 1979.
- ZINTZEN, C., "Zauberei", "Zauberer", en *Der Kleine Pauly, Lexikon der Antike*, vol. V, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1979, coll. 1460-1472.

